

maestro formaban apacible asamblea en la intimidad de aquel encantador rincón.

Círculo sin peñas aisladas. Sociedad acogedora cual ninguna. Todos los socios amigos que se reunían en tertulia de la que se iban desgajando las partidas:

—¡Ya somos cuatro para el tresillo!, recontaba un socio impaciente.

—¡Ya estamos seis para el póker! gritaba un segundo socio.

Y, entre julepe y julepe, aquellas suculentas meriendas de jamón de Montánchez. Y una biblioteca amena y completa—con mejores volúmenes que la novela aludida—, y damas y ajedrez para algún despistado. Y un elegante y coquetón salón para bailes, escenario de tantos madrigales, que terminaron con la marcha de Lohengrin ante los altares de Santa María y cuyo recuerdo enternecía a aquel viejo socio que me decía el año 38:

—¿Cómo no echar de menos estos salones, donde pedimos relaciones a nuestras esposas?

Y si aquel Círculo poseía un local suntuoso y confortable, un suculento servicio, una sociedad acogedora y educada, y unas fiestas incomparables: ¿por qué era poco atractivo nuestro Casino? ¿Es acaso que el novelista estuvo alguna vez en nuestro Círculo y no se puso todo el mundo en pié doblando el espinazo, como es frecuente en los Casinos andaluces cuando entra algún personaje poderoso? Es que los cacereños, señor novelista, no hincan la rodilla más que al paso de las Imágenes.

Y, finalmente, ningún Casino del mundo nos atrae tanto como el nuestro, que es un rincón del hogar propio de cada cacereño.

Por hoy basta.

MANUEL GONZÁLEZ GIL.

## ARTE

### LOS CUADROS DEL GREGO, EN TALAVERA LA VIEJA, ESTÁN DETERIORÁNDOSE

(Notas para alarmar a quien proceda)

Por FERNANDO BRAVO.

Intentar descubrir, a estas alturas, la importancia arqueológica y artística de Talavera la Vieja implicaría pedantería inexcusable, ya que a cualquier curioso aficionado a las cosas extremeñas le son familiares los trabajos de Ponz, Cornide, Viu, Mérida y otros, sobre tan interesante villa.

Pero no se trata ahora de evocar la pretérita grandeza que nos sugiere el lembrante hechizo de las ruinas de la famosa «Ebura» o «Augustóbriga», sino que nos proponemos nada más, y nada menos, que tocar el clarín de alarma ante el peligro de deterioro que corren los tres cuadros que de Domenico Theotocopuli se custodian y malconservan en dicha localidad.

Se hallan depositados en el domicilio del Sr. Párroco que, solícito y deferente, nos condujo a la Casa Rectoral, en el zaguán de la cual nos expuso los tres excelentes lienzos que, no obstante haber sido ya objeto de restauración, ofrecen actualmente un lastimoso estado.

El mayor de ellos, y más exquisito de factura y rico de colorido, lleno de movimiento y de composición difícil, felicísimamente resuelta, es el de «La Coronación de la Virgen». Como de todos ellos se han divulgado estudios debidos a conocedores expertos del arte pictórico, solo nos resta decir, a título de recordación, que «La Coronación» tiene dos partes sin solución de continuidad; la superior representa a la Virgen María, vuelto el rostro hacia lo alto, donde bajo la luz que emana del Espíritu-Santo, fulge áurea corona que sostienen el Padre y el Hijo. Las tonalidades cromáticas son valientes y sobre todo la púrpura del manto de Jesucristo que es, al par, de un brío arrebatador y de una limpidez gratísima. Debajo, en la parte inferior, un grupo compuesto de siete figuras de santos y monjes en variadas y bien dispuestas actitudes (cuatro de frente, uno de perfil y dos de espaldas, pero con una graciosa torsión de rostro que permite verlos de lado), espléndidos de dibujo y expresión, contemplan la arrobadora y maravillosa escena de la Coronación.

No obstante esta bipartita escenificación del cuadro, la unidad se ensambla perfectamente y la vista abarca de un golpe, sin esfuerzo, la totalidad armoniosa del conjunto, como si la prodigiosa solución, encontrada por el artista a la enormísima dificultad que a sí mismo se planteó, fuera la cosa más natural; hasta el punto de que si aislamos la contemplación, concentrándola parcialmente sobre cada una de las dos escenas, sentimos la inquieta desazón que produce una dolorosa amputadura. De tal modo, casi paradójicamente, la audacia de plasmar a la vez dos acciones tan distintas, y distan-

tes, como la divina,—toda majestuosa serenidad—, y la humana,—llena de ansiedad y fervor—, se convierte en atinada unidad fusionante por obra y gracia del genio artístico del Greco. El pintor cretense era asaz aficionado a esta clase de problemas técnicos—dualidad de escenas dentro de la unidad del cuadro—que algunos artistas acometían también pero más de tarde en tarde, y es de notar que la temática predominante en tal clase de obras, cosa digna de estudio, se refiere a la Virgen. Así en los dos lienzos sobre «La Anunciación» (el que se guarda en Villanueva y Geltrú, y en el que posee el Marqués de Urquijo), en «La Virgen con Santa Inés y Marta», en «La Asunción de la Virgen» (del Instituto de Arte de Chicago), y este que comentamos de «La Coronación», superior a todos los citados en cuanto a composición y armonía, si bien hemos de reconocer que la culminación esplendente y maravillosa de tal procedimiento cuajó definitivamente en «El entierro de Conde Orgaz».

Los otros dos cuadritos representan, uno, a San Pedro, y otro, a San Andrés, y reflejan también el estilo característico del atormentado y alucinante pintor. Los rostros de ambos constituyen verdaderas maravillas de penetración psicológica, y nosotros preferimos, para nuestro gusto, a la ahilada expresión de la resignada cara de San Andrés, el rostro de San Pedro, fuerte y recio dentro de la suave espiritualidad que efunde. No faltan en los dos cuadritos los símbolos de ambos santos: la llave del cielo, pendiente de la mano izquierda de San Pedro, y el aspa suplicatoria, a la que se abraza San Andrés.

Pero entremos en lo que constituye objeto primordial de estas líneas que no es otro que el de dar un sonoro aldabonazo a quien proceda, llevado de nuestro cariño a las cosas extremeñas y de nuestra admiración por las bellas artes, para que su dormida diligencia se despierte y movilice rápidamente, y las tres joyas pictóricas que atesora Talavera la Vieja puedan salvarse del irreparable deterioro que las amenaza si a tiempo no se ataja la marcha que lleva el desconchado de las pinturas que, de más a menos, afecta al «San Pedro», al «San Andrés» y a «La Coronación». Si no se remedia urgentemente el abandono en que se encuentran, nuestra incuria sería responsable de un delito de lesa cultura.

Sugerimos nosotros dos soluciones: adquisición de los cuadros por el Estado, que sería lo ideal, o, en defecto de ello, que se ofrezcan en depósito al propio Estado que se encargaría de su conservación, exponiéndolos a la admiración del público en nuestro Museo Provincial en uno y otro caso.

La belleza que objetivamente encierran dichos cuadros, por una parte, y la importancia que tienen al constituir un eslabón que enlaza el vacío que se dejaba sentir en la sucesión cronológica de las obras del Greco, por otra, bien merecen remover el ánimo de las Autoridades eclesiásticas, a las que corresponde la propiedad de los mismos, y de las civiles a las que incumbe la misión transcendental de velar por la conservación de nuestro patrimonio artístico.

La voz de alarma está dada, y también la modesta aportación de las dos soluciones más eficaces que se nos han ocurrido.

Confiamos en que la llamada no caerá en el vacío y que se encontrará remedio al mal.

## CARTELES MURALES

El reciente concurso de carteles anunciadores de la futura feria cacereña se presta a sabrosas reflexiones de toda índole y no sólo puramente artística. Y quisiera yo exponer algunas a los lectores de ALCÁNTARA, puesto que cada año se realiza el consabido concurso de carteles, con idénticos premios, iguales artistas y resultados parecidos. Qué más, ¡si incluso la exposición de las obras presentadas se hace de la manera más expeditiva y familiar que pueda pensarse! Se colocan los bastidores sobre el santo suelo, apoyados en la pared del Salón de Sesiones y... ¡ya está! Como se vé, está demasiado a la pata llana.

Comencemos por el tema. ¿Se presta una feria como la nuestra a realizar una obra de arte para que ésta anuncie a aquella? Creo, sin que nadie pueda tacharme de nada malo, que no. Una feria como la de Cáceres tendrá toda la importancia que se quiera en plan de exponente de una ganadería o de una economía o de unas ganas tremendas de divertirse; pero, en cuanto a sujeto de una obra de arte, ello es cosa harto diferente. Bien pudiera suceder que un artista hábil, de talento, hiciera un cartel que fuese, con mucho, superior en importancia y en valores artísticos a la feria entera, incluídos todos los otros múltiples valores de la misma. ¿Qué se adelantaba con ello? Puesta la mano en el corazón os lo diré: el sol implacable, los más implacables chiquillos y dueños de las esquinas donde se pegan los carteles, la cruel indiferencia y la no menos cruel necesidad de dejar libre el espacio ocupado, arrojarán de sus muros al anuncio artístico tan laboriosamente pensado y con tanto aparato elegido entre otra docena de obras análogas. Pudiera ser que el artista conserve el original, si le cogió cariño; pero ¿quién se acuerda hoy de los carteles premiados otros años?

Luego, como las flores, los carteles de feria tienen vida rápida y efímera. Algún tabernero filósofo y algún erudito coleccionista pueden, quizás, retrasar la muerte violenta de un cartel de ferias. Pero decidme, amigos queridos: ¿Cuántas obras de arte de esta clase habeis visto conservadas en los Museos? Y eso que se vé cada cosa en estos centros culturales que ¡yá, yá! ¡Hasta ladrillos y trozos de tejas y cacharros de barro! Pero, carteles anunciadores de feria ¡ni por asomo!

Prescindamos, sin embargo, de toda la desoladora perspectiva anterior. El cartel premiado se ha repartido por España y, de igual manera que en Cáceres, luce sus colores y canta su anuncio en las tablas de las Casas Consistoriales de todas las Capitales de provincia. Supongo yo que su eficacia debe ser análoga a la de los fijados en el soportal de nuestro Ayuntamiento. La gente que vá al Mercado, preocupada por el imperativo categórico de la subsistencia; los pobres que han de subir las gradas y escalera de la casa, para pedir algo, aunque solo sea una moratoria; los empleados y Guardias municipales, incluso los miembros del Concejo ¿se paran todos los días a leer los carteles anunciadores? Si yo os dijera que los mismos artistas concursantes—y éstos son los que se fijan más en estas cosas—solo tienen chistes irónicos, o críticas acerbas, para los carteles que nos mandan otras poblaciones, ¿lo creeríais? A menos, claro está, que sean originales del artista de moda. Porque entonces se les estudia y, a ser posible, se les fusila bonitamente de un año para otro. ¡Triste suerte la de los carteles de feria!